
ANDREU PINTADO, Javier, DELAGE GONZÁLEZ, Inmaculada, ROMERO NOVELLA, Luis y MATEO PÉREZ, Txaro (2019), *Santa Criz de Eslava, reflejos de Roma en territorio vascón*. Nafarroako Gobernua – Gobierno de Navarra, Dirección General de Cultura – Institución Príncipe de Viana, Vianako Printzea, Kultura Zuzendaritza Nagusiko Zuzendaria, Pamplona, 105 páginas, ISBN 978-84-235-3532-3.

EN 1917 se encontró un miliario en Piscaldea, un paraje de Eslava cerca del que se ha excavado gran parte de la ciudad hispano-romana de Santa Criz. Con motivo de su centenario, y porque hoy se puede explicar el miliario en función de la ciudad, el Ayuntamiento de Eslava decidió poner en valor el yacimiento, es decir, dar conocimiento de su existencia, protegerlo y diseñar un plan de futuro. El libro que nos ocupa se destina al primer objetivo: «dar a conocer la ciudad hispano-romana de Santa Criz de Eslava». Y se ha redactado con un lenguaje científico-divulgativo, muy bien equilibrado, y se ha dividido su contenido en diez unidades temáticas que facilitan la comprensión y valoración de lo que el visitante puede ver en el yacimiento y en Museo de Navarra.

El libro se inicia con una contextualización geográfico-histórica y con una descripción de la ciudad, cuyo nombre antiguo hoy por hoy se desconoce. Está en el corazón del territorio vascón y, probablemente, corresponda a *Neman-*

turista o *Bituris*, como dicen los autores. Pero habrá que esperar al hallazgo de algún documento que lo confirme. Dicha contextualización se hace en unas pocas páginas que contienen una síntesis clara y suficiente: la ciudad controla el río Aragón en su curso medio y, gracias a los miliarios conocidos, una *Andelo* con la ciudad hispano-romana que hubo en Campo Real (cf. Mapa), ubicándose en un cerro en el que quedan restos del castro prerromano, además de una torre-faro medieval. Los restos romanos documentan una ciudad en pleno desarrollo ya en el siglo I d. C., viva durante los siglos II-III y con continuidad en el IV (al menos por su *territorium* quedaban algunos de sus pobladores, como lo prueba la inscripción cristiana de *Oborius y Rusticola*).

Se desarrolla a continuación el contenido, dividido en unidades temáticas que van describiendo la ciudad y los objetos que dejaron en ella sus habitantes, perviviendo así la huella de sus manifestaciones materiales e intelectuales.

Las inscripciones informan del conocimiento de la escritura, de la condición social y étnica de sus usuarios, así como de las creencias, destacando, a pesar de los escasos documentos, la pervivencia de divinidades locales bajo contexto romano (ara dedicada a *Peremusta*) o la introducción del cristianismo (placa citada de *Oborius y Rusticola*).

Las monedas, como instrumento para las transacciones económicas, informan de los circuitos comerciales (Cascante, p.e.) y del período cronológico en que funcionaron. Además, en el terreno quedaba fijada la estructura de la ciudad, con su foro, un área residencial suburbana y el área funeraria, y, lógicamente, los materiales propios de cada uno. Espectacular es el aterrazamiento realizado en el área forense (criptopórtico incluido) con su muro de contención, los sillares de grandes dimensiones, fustes y capiteles de columnas caídos, togados y fragmentos de estatuas, mientras en la necrópolis descuellan los cimientos de los mausoleos y los ajuares funerarios depositados en vasijas de cerámica. Pero, además y no menos importante, estos restos revelan la calidad técnica de las togas y capiteles, la pintura con que se decoraban, así como la variedad de materiales utilizados (arenisca, mármol, bronce), además de la tipología en función de la moda y época (capiteles corintios, compuestos). Además, las paredes del foro, y también las de los mausoleos, se cubrían con pintura, de la que han llegado fragmentos que permiten conocer los gustos y, además, la costumbre popular, igual que en nuestros días, de escribir o grabar graffiti, textos y motivos figurativos con la correspondiente significación simbólica que a veces no entendemos.

De la vida cotidiana quedan magníficos restos cerámicos, tanto en la vajilla fina de mesa (*sigillata*) como de la vajilla más común y humilde; quedan también testimonios de objetos destinados al ocio (dados y fichas de juego), y, lógicamente, los destinados a las actividades domésticas o para el atuendo (agujas para coser, agujar para sujetar el pelo, peines). Y en este elenco, tan variado como la vida misma, encontramos objetos de hierro (el metal más utilizado), como llaves y campanillas, pero también de un vidrio de calidad, que se utilizaba para fabricar botellas y colgantes de pasta vítrea.

Y todo se ha redactado con un estilo sencillo, claro a pesar de la terminología técnica, cumpliendo así la finalidad pedagógica del libro: los autores han sabido mantener el difícil equilibrio necesario en una monografía científico-divulgativa.

Tiene la virtud de explicar sistemáticamente los diferentes aspectos técnicos para que sean asequibles al lector más profano, pero combina, al mismo tiempo, los términos latinos y su equivalente en español para que todo sea más científico y comprensible. Ilustra los hallazgos de Santa Criz comparándolos con los de otras ciudades hispano-romanas, generalmente las más cercanas, de manera que se pueda percibir bien el *modus vivendi* romano. Ha sido también muy acertado introducir cada capítulo con un texto clásico alusivo a su contenido.

A pesar de tanto primor el duende mecanográfico ha dejado huella de sus actos: véase «astráago» (páginas 56 y 60), «poculua» (página 68) o la mención a la figura 25 E que no ha sido recogida en la página 97. Tampoco hubiera estado de más traducir *pecten* (página 78) o describir someramente «imoscapo» (página 60).

Pero, así y todo, son detalles que refuerzan la pulcra redacción del texto.

Mención especial merece el aparato gráfico, a cargo de José Luis Larrión y Pablo Serrano, por su calidad extraordinaria que, si es visible en cualquier objeto, destaca más aún en las inscripciones (que se pueden leer perfectamente) o en los detalles como los pliegues de las togas o la bella factura de los capiteles, que permiten apreciar la pericia de los escultores. Un aparato tal aclara cualquier duda si hubiera quedado alguna en la descripción) y aporta detalles que de otro modo no se podrían apreciar: así ocurre con las fotos del foro y su derrubio, imágenes verdaderamente elocuentes.

Únicamente echamos en falta una foto real del cerro de Santa Criz. El croquis de las páginas 16-17 es suficiente para en-

tender la expansión y distribución de la ciudad, pero podría haberse acompañado también de una fotografía del cerro.

Y se cierra el libro con una bibliografía selecta, suficiente para el lector que quiera profundizar en el conocimiento de la ciudad de Santa Criz.

De esta manera se ha cumplido el objetivo: «dar a conocer una ciudad de la que hasta este momento solo se habían publicado aspectos puntuales», como puede verse en la bibliografía «antigua» (Fita, Taracena-Vázquez de Parga, Rubio Alija) o en las contribuciones más recientes (Armendáriz et alii). Con esta monografía se conoce un poco más de los vascones y del proceso de romanización con el que se integraron en el *modus vivendi* romano y cuyas manifestaciones han quedado en el cerro de Santa Criz.

José Luis RAMÍREZ SÁDABA
Universidad de Cantabria